

Es lo que he visto en varios cerdos *cimarrones* o salvajes que habían sido muertos en los bosques y hasta en cerdos domésticos (1919: 53).

Pero volviendo a la antillana isla *Quisqueya* («Madre de todas las tierras») que Colón rebautizara «Española», dice Franco que el término *cimarrón* pronto se hizo extensivo a los indios taínos que habían escapado de los encomenderos españoles (1975: 326). Al finalizar la década de 1530 ya se había empezado a llamar así principalmente a los negros africanos huidizos.

*Palenque* fue el nombre que la sociedad esclavista de Hispanoamérica aplicó a la ciudadela fortificada, erigida por los *cimarrones* para su refugio y defensa. Es vocablo europeo que en la Edad media traducía la voz *vallum* (valla o estacada, empalizada o trinchera). Y que cómo vallado, estacada o empalizada defensiva llegó a América, identificándose pronto con los reductos de *cimarrones*, bajo el nombre genérico de *palenque*. Al conjunto de cimarrones en palenques, se les llamó negros *apalencados*. La toponimia americana registra en la actualidad muchas localidades bajo el nombre de «Palenque»: en México, Guatemala, Panamá, Colombia, Perú, y todas ellas deben su nombre a los antiguos *palenques* de *cimarrones*.

El equivalente brasilero del palenque fue el *quilombo*, particularmente en los Estados de Minas Gerais, Mato Grosso, Goias, Alagoas, Bahía, Maranhão y Sergipe. Las autoridades coloniales del Brasil (s. XVIII) entendían por *quilombo* «toda habitación de negros fugitivos que pasen de cinco, en parte desabastecida y aunque no tenga ranchos levantados ni se halle empalizadas en ellas» (Respuesta al Rey de Portugal de la consulta del Consejo Ultramarino, fechada a 2 de diciembre de 1740)<sup>26</sup>. Al habitante del quilombo se le llamó *quilombola*, y al conjunto de quilombolas se le dijo *aquilombados*. Ahora, la confederación de quilombos en una extensa zona, recibió el nombre de «república de negros». Los reductos de cimarrones en Ceará y Pernambuco se llamaron *mocambos*. Y *amocambados* se le llamó al conjunto de cimarrones en el *mocambo*. Finalmente diremos que en Río de Janeiro, el reducto de cimarrones tomó el nombre de *bastilha* («bastilla»).

Esta variada sinonimia para calificar al cimarrón y su hábitat, debió haber sido creada por la misma maquinaria esclavista a través de su organización represiva. Ya en la interlingua negrera de las costas africanas encontramos el vocablo *nobunda* aplicado al cautivo fugado de las factorías. En Venezuela, además de los famosos *cumbes* de cimarrones, el antropólogo Acosta Saignes habla de *rochelas*, *patudos* y *palenques* del siglo XVIII (1978: 189). El único caso en que el pueblo reivindica para sí uno de estos vocablos, es el de los *mambises* cubanos por su heroica participación en la *Guerra de los Diez Años* (1868-1878) con sus cargas al machete, donde la «Caballería Mambisa» tras la bandera de Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte y Máximo Gómez alcanzara gloria inmortal. La palabra *mambí* parece derivar de la voz africana *m'bí*, raíz conga que alude a lo «cruel, salvaje, dañino» como a lo poderoso y divino: *Nsa-mbí*: «dios».

La palabra inglesa *maroon*, como la francesa *marron*, provienen de la española *cimarrón*. Fuera del ámbito luso-hispano, el cimarronaje americano recibió los nombres de

<sup>26</sup> (Citado por Clovis Moura, 1972: 87).

*kromantis* para los cimarrones, jamaicanos y *free villages* para sus palenques. *Bush negroes* para los de Surinam, que, según Richard Price «han sido la población cimarrona más grande del hemisferio, ostentando (con la posible excepción de Haití) las sociedades y culturas independientes más altamente desarrolladas en la historia de Afro-América» (1981: 231). El mismo autor señala que en la actualidad «hay seis tribus de cimarrones en Surinam: los Djuka y Saramaka (cada uno con quince mil o veinte mil personas), los Matawai, Aluku y Paramaka (cerca de los mil cada uno), y los Kwinti (con sólo unos cientos)» (Ibid.). Estos pueblos surinameses tienen por vecinos occidentales a otras comunidades de negros cimarrones en las *bush societies*, de Guyana.

El citado antropólogo Richard Price, es autor de numerosos estudios sobre los *saramaka* de Surinam, además de compilador del primer estudio sistemático de las comunidades formadas clandestinamente por los africanos en América: *Sociedades cimarronas; Comunidades esclavas rebeldes en las Américas*, en cuya Introducción dice Price:

Por más de cuatro siglos, las comunidades formadas por tales fugitivos bordearon las fronteras de las plantaciones americanas: desde el Brasil al sudeste de Norteamérica, y de Perú a las costas californianas. Conocidas de varias maneras, como palenques, quilombos, mocambos, cumbes, ladeiras, etc., estas nuevas sociedades alcanzaron desde menudas partidas que sobrevivieron menos de un año, hasta poderosos estados que incluyeron miles de miembros y que sobrevivieron durante generaciones o incluso siglos (1981: 11).

Mucho se ha escrito sobre la forma en que el *cimarrón* domó la naturaleza hostil para edificar su *palenque*, a la vez que supo aprovechar al máximo la abrupta topografía montañosa, la impenetrable manigua o los traicioneros pantanos, para hacer inexpugnable su clandestina rancharía. Pero poco se sabe de lo que su renuncia a la esclavitud intentó en condiciones totalmente adversas, como la semidesértica costa peruana. El famoso *diario* que el Padre Juan Antonio Suardo, obedeciendo órdenes del Virrey Fernández de Cabrera, conde de Chinchón, llevó de 1629 a 1639 sobre todo lo ocurrido en Lima, consigna infinidad de estos casos; casi siempre con desastrosos resultados para los huídos:

A 11 (de diciembre de 1631)... Este dicho día la *Santa Hermandad* traxo presos a diez (y) siete negros cimarrones y a los 16 mandó azotar y al uno asaetear.

A 19 (enero de 1632)... el nuevo alcalde de la Santa Hermandad traxo a esta ciudad 3 cavezas de negros cimarrones que hacían muy grandes robos en los rededores della.

A 5 (marzo), un extraordinario, despachado por el Corregidor de la Villa de Cañete a Su Excelencia (el Virrey) avissa como entre Mala y Calango, en una quebrada avía descubierto una rancharía grande de negros cimarrones (1936 t. I: 198 y sgts.).

Esta «Santa Hermandad» —que hemos subrayado en la cita— no era otra cosa que los propios amos esclavistas armados en partida para la cacería humana, con anuencia y participación de la autoridad local. Pero la «Santa Hermandad» —cuyos antecedentes institucionales hay que buscarlos en la Reconquista española, ya que aún existía en tiempos de la reina Isabel de Castilla— no era la que comúnmente se encargaba de recapturar a los esclavos huidizos. Para eso contaban con los servicios de expertos «profesionales» en la cacería de negros *cimarrones*, los mismos que en el Perú tomaban el nombre de *cimarroneros*. El *cimarronero*, mercenario especializado en rastrear esclavos fugitivos, también podía integrar las cuadrillas de la «Santa Hermandad» como guía de las batidas.

Se daba una recompensa de 50 pesos al blanco o negro que capturara un cimarrón con 4 meses de huído. Estos negros adscritos a la cacería humana, solían ser los llamados *mogollones*: negros serviles y afectos a los amos, que fungían de delatores y policía contra los negros alzados.

En el Caribe y las Antillas, los buscadores y captadores de negros cimarrones fueron los *ranchadores*, *rancheadores* o *arranchadores* (llamados inicialmente «*recogedores* de indios y negros»). Los *rancheadores* existieron en Cuba desde 1540, y para cobrar su botín mostraban a su esclavista cliente las dos orejas de cada negro muerto. Algunos *ranchadores* sacaban delincuentes de las cárceles para conformar sus cuadrillas. Perros adiestrados eran los mejores auxiliares de los *ranchadores* (mastines, lebreles, etc.). Estos eran llamados «perros de presa» y podían liquidar un negro en contados segundos, clavando sus afilados colmillos en la garganta del cimarrón, que expiraba entre sus fauces. Desde el siglo XV España utilizó perros de presa en la conquista de las Antillas y Centroamérica, y los siguió utilizando en los siglos XVI y XVII. Tales perros también fueron en la trata: tanto en la captura como en la travesía, donde los mastines permanecían en la cubierta del barco negrero, con las fauces entreabiertas y el ojo avizor. Cuarenta *ranchadores* cubanos y sus cien perros, acabaron con los irreductibles cimarrones de Cudjoe, en Jamaica. Doscientos perros y sus rancheadores fueron enviados contra los cimarrones de Ti Noel, en Haití.

En la Cuba del siglo XVIII, cuando se produjo la expansión de las plantaciones de caña de azúcar, los rancheadores recibieron órdenes de atacar a los negros en los tabacales. Así fue como la plantación cañera invadió las vegas tabacaleras. Para frenar estos abusos, que no debieron ser pocos ni limitados a los negros, pues los rancheadores también castraban a los indios capturados; el emperador Carlos V expidió una Real Cédula el 15 de abril de 1540, por Ley del Libro VII, Título V, de las Leyes de Indias:

Mandamos, que en ningún caso se ejecute en los Negros Cimarrones la pena de cortarles las partes que honestamente no se pueden nombrar, y sean castigados conforme a derecho y leyes de este libro.

Pero ni los más duros castigos ni las crueles torturas y mutilaciones, nada, ni la misma muerte en la horca e inmediato descuartizamiento pudieron impedir el cimarronaje o doblegar al negro hasta apartarlo de su terco empeño en buscar la libertad apalencándose hasta las últimas consecuencias. El desaparecido profesor brasileiro Edison Carneiro, clasifica esta lucha de los esclavos en su país bajo tres instancias:

- a) *Fuga al monte* (mato), de la que resultaron los quilombos.
- b) *Revolta organizada*, teniendo como objetivo la toma del poder.
- c) *Insurrección armada*, que se inscribe en la lucha independentista.

Intentar simplemente una cronología de estos tres tipos de lucha en el continente sería dura tarea, sin que ni por asomo llegásemos a agotar nombres, fechas y lugares. Sólo a manera de ejemplo, citaremos entre los negros «alzados» o cimarrones famosos, en la Isla Española al «Capitan *Lemba*» y a Diego de Campo (1548); en Tierra Firme al negro «Felipillo» en el Palenque San Miguel (1549); en Barquisimeto —Nueva Granada— al famoso Negro Miguel (1555); en Castilla del Oro a Antón *Mandinga* (1582) y a Pedro *Cazanga*, Juan *Angola* y Antón Sosa (1595); en Martinica a Francisco Fabule